

La globalización en la pedagogía Freinet



Desde la teoría y la práctica Freinet, la globalización se concibe como una visión global del aprendizaje y de la vida: no se trata solo de una forma de organizar los contenidos escolares, de comprender que todo proceso educativo —el de los niños y niñas, pero también el de las personas adultas— es un camino hacia metas y finalidades que integran la totalidad del ser. En coherencia con esta concepción, la pedagogía Freinet se apoya en un aprendizaje natural y experimental, basado en el tanteo y la búsqueda activa, porque sabemos —y la ciencia lo confirma desde hace décadas— que el ser humano no aprende de manera parcelada por asignaturas, sino de forma global, conectando todos los aspectos de su experiencia.

Esta concepción educativa implica potenciar todas las capacidades del alumnado, no solo las intelectuales o curriculares, sino también las corporales, emocionales, sociales y culturales. Significa reconocer que cada criatura es agente de su propio desarrollo, constructora de su personalidad y de su andamiaje cultural. Supone, por tanto, respetar la personalidad y los derechos de los niños y niñas sin condicionamientos, abrir la escuela a la vida y dejar que la vida entre en la escuela. Desde esta perspectiva, la globalización es necesariamente interdisciplinar, porque la realidad misma no se divide en compartimentos estancos.

Esta mirada transforma también nuestra manera de concebir el espacio y el tiempo escolares. Una escuela viva debe ser de las niñas y los niños, del alumnado en su conjunto, y estar abierta al barrio, a las familias y al entorno social que la rodea. Solo así puede construirse una relación igualitaria entre alumnado y profesorado, una auténtica comunidad de aprendizaje. La globalización, en este sentido, no consiste en unir áreas de conocimiento artificialmente, sino en comprender la vida como una totalidad desde la cual surgen proyectos, investigaciones y búsquedas de saberes. Los temas de trabajo nacen de la práctica cotidiana en el aula —de los textos libres, la correspondencia, las noticias, las salidas, las conversaciones— y de ahí emergen las preguntas y los problemas que el grupo quiere investigar. En ese proceso, las distintas disciplinas se convierten en herramientas al servicio del conocimiento, no en fines en sí mismas.

Por supuesto, esta concepción debe adaptarse a la realidad de cada escuela. Las condiciones externas —la normativa educativa, la organización del centro, el número de alumnos y alumnas, la colaboración del equipo docente o de las familias— pueden facilitar o dificultar el trabajo globalizador. Sin embargo, siempre es posible avanzar en esta línea si se mantiene clara la orientación pedagógica. Aun cuando la autonomía investigadora de los niños y niñas parezca limitada, el profesorado puede crear un ambiente rico y estimulante que despierte la curiosidad

y favorezca la construcción de proyectos significativos. Es fundamental, además, mantener una actitud abierta a las iniciativas que surgen del alumnado y contar con la implicación activa de las familias, que son parte esencial del proceso educativo.

Desde esta concepción, la globalización implica también ampliar el espacio vital del aprendizaje: transformar el aula en un entorno abierto, donde haya intercambio con otras clases, visitas de personas al centro, correspondencia con estudiantes de otros lugares, y múltiples formas de comunicación y relación. Para el profesorado, este modo de trabajar exige colaboración y trabajo en equipo, buscando afinidades dentro del propio centro o en otros cercanos, y promoviendo siempre el equilibrio entre el trabajo individual y el colectivo del alumnado, respetando su autonomía y su libertad.

Finalmente, esta visión invita a integrar plenamente a las familias en la vida escolar. Su participación no solo enriquece el aprendizaje de los niños y niñas, sino que constituye una verdadera aportación pedagógica: traer al aula sus saberes, sus oficios, su experiencia vital, sus historias. Esa conexión entre la vida familiar, social y escolar encarna, quizás mejor que ninguna otra, la concepción global de la educación y de la existencia que inspira la pedagogía Freinet.